

# ALEPH

número 17  
(enero de 2003)



Jornada del sábado 23 de febrero de 2002  
organizada por ALEPH y el proyecto (FWO-RUG/UIA) sobre ficción historiográfica  
en la literatura centroamericana e hispanocaribeña

Para citar este artículo: Menton, Seymour. "Margarita está linda la mar y la nueva novela histórica en la época posrevolucionaria: 1989-2000". *(Meta)ficción historiográfica*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 17, Collard P. y Montalvo Y. (eds.). 2002, pp. 19-135. ISSN 1784-5114. Disponible en: [http://ahbx.eu/ahbx/?page\\_id=7464](http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464)

## **Margarita, está linda la mar y la Nueva Novela Histórica en la época posrevolucionaria: 1989-2000**

Seymour Menton  
University of California, Irvine

Al hablar de la "época posrevolucionaria", me refiero a la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 y a la subsiguiente desintegración de la Unión Soviética dos años después; a la derrota electoral de los sandinistas en 1990 y a la firma de acuerdos de paz en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996; en fin, a la Revolución Neoliberal. Pues bien, durante la época posrevolucionaria, en Hispanoamérica no sobresalen más que tres novelas históricas que merecen claramente el adjetivo "nueva": La campaña (1990) de Carlos Fuentes (1928), Rasero (1993) del químico mexicano Francisco Rebolledo (1950) y Margarita, está linda la mar (1998) del ex-vicepresidente sandinista Sergio Ramírez (1942).

En cambio, durante la misma época posrevolucionaria, sí se ha publicado una gran variedad de novelas históricas, algunas con ciertos elementos experimentales sin ser propiamente "nuevas". Quisiera insistir que el hecho de no merecer el adjetivo "nueva" no rebaja necesariamente la calidad de la novela. Por ejemplo, La fiesta del Chivo (2000) de Mario Vargas Llosa dista mucho de lucir las complejidades bajtinianas (lo dialógico, la heteroglosia y la intertextualidad) de La guerra del fin del mundo (1981) del mismo autor, pero esto no impide que sea una novela histórica excelente.

Entre las otras novelas históricas de la década pasada, la que más me ha llamado la atención es En busca de Klingsor

(1999) del joven mexicano Jorge Volpi, nacido en 1968, novela que no tiene absolutamente nada que ver con la América Latina. Ubicada en la época de la Segunda Guerra Mundial tanto en la Universidad de Princeton como en Alemania, En busca de Klingsor es también una especie de novela detectivesca con varias interrogaciones de físicos y matemáticos históricos en un discurso científico que es inteligible e interesante hasta para un humanista, como este servidor. En cuanto a los episodios históricos más dramáticos, se destacan el juicio de Nuremberg y el atentado fallado contra Hitler de 1944. La novela también se salpica de unas aventuras sexuales tanto de los dos protagonistas ficticios como de algunos de los científicos históricos.

Sin embargo, ya que estamos hablando de la novela histórica en la época posrevolucionaria, vamos a concentrarnos en Nicaragua, sede del último triunfo de un movimiento revolucionario en toda la América Latina. Entre 1979 y 1990, se publicaron en Nicaragua muy pocas novelas porque se privilegiaron oficialmente la poesía y el testimonio. En cuanto a la poesía, el Ministro de Cultura Ernesto Cardenal promovió la creación de varios talleres donde su propia poesía exteriorista servía de modelo. Según John Beverley y Marc Zimmerman, la literatura testimonial "representaba tanto un rechazo como una alternativa a la narrativa sofisticada del Boom que se identificaba con Borges, Carpentier, Donoso, García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes y Cortázar". Aunque esos años coincidieron con el auge de la Nueva Novela Histórica en toda Hispanoamérica, en Nicaragua, no se publicó más que una, Castigo divino (1988) de Sergio Ramírez. Lo que es aún más sorprendente es que no se publicaron sino dos novelas más, Timbucos y calandracas (1982) de Jorge Eduardo Arellano y La mujer habitada (1988) de Gioconda Belli. La primera, empezada en mayo de 1969 y concluida en mayo de 1980, no es una verdadera novela histórica sino una narravela, según el autor, una novela corta de cien páginas, con un estilo sencillo y demasiados saltos cronológicos para adelante y para atrás. El tema principal es el conflicto entre

los timbucos (conservadores de Granada) y los calandracas (liberales de León) a mediados del siglo diez y nueve con énfasis en el héroe revolucionario Inocente Gallardo. También se entretajan las maniobras del ministro de los Estados Unidos para adelantar el proyecto de construir el canal interoceánico; de trozos costumbristas y de alguna que otra enumeración de flores regionales.

La mujer habitada, en cambio, no debe considerarse una novela histórica pese a la intercalación de algunos trozos sobre la lucha de una indígena y su hombre contra los conquistadores. La protagonista predominante es una arquitecta de familia burguesa que llega a convertirse en sandinista para desempeñar un papel importante en la toma de la casa de un general somocista en diciembre de 1974. La novela es realista a excepción de la relación genética señalada en el título entre la arquitecta y la indígena.

¿Por qué no se publicaron más novelas en la década sandinista? Me parece que la explicación más acertada es que el gobierno sandinista adoptó la política cultural del realismo socialista anunciada en 1980, en el primer número de la revista cultural *Nicaráuac*, la misma política que el gobierno cubano no adoptó hasta agosto de 1968, cuando respaldó la invasión de Checoslovaquia por la Unión Soviética entrando de lleno en su órbita económica y política. En un discurso titulado "Los intelectuales en el futuro revolucionario", Sergio Ramírez afirmó en 1980 que había que rechazar la cultura elitista del pasado, que fracasó; que la nueva cultura tiene que ser una cultura de hondo contenido popular; y que "jamás podríamos admitir la existencia de una cultura aislada del proceso revolucionario". No obstante, para el año 1987, Sergio Ramírez, y también Ernesto Cardenal, parecen haber cambiado de actitud. En el artículo titulado "Oficios compartidos", publicado en 1999 en la revista norteamericana *Hispanamérica*, Sergio Ramírez afirma que "en 1987, cuando se votó la Constitución Política, Ernesto Cardenal y yo propusimos un artículo que seguramente no está en ninguna otra Constitución del

mundo , pero que en Nicaragua, para curarnos en salud [las cursivas son mías], era necesario: la creación artística y literaria son libres, en el fondo y en la forma, dice más o menos".

En contraste con la relativa escasez de novelas durante los años del gobierno sandinista, la profesora Isolda Rodríguez Rosales afirma que en la década siguiente, mientras los testimonios de los años ochenta "dejaron de causar interés y quedaron en el olvido", se presenció un verdadero auge de la novela, muchas de las cuales son históricas.

Entre las novelas históricas nicaragüenses en la época postsandinista o posrevolucionaria, las más dignas de comentar y analizar son la tradicional *El burdel de las Pedrarias* (1995) de Ricardo Pasos Marciacq (1939), la poética *Réquiem en Castilla del Oro* (1996) de Julio Valle-Castillo (1952), cuyo tono carnavalesco y cuya exuberancia lingüística la aproximan a la Nueva Novela Histórica y la propia Nueva Novela Histórica: *Margarita, está linda la mar* (1998) de Sergio Ramírez (1942). *El burdel de las Pedrarias* es la primera y la más lograda de cuatro novelas relativamente largas (promedio de cuatrocientas setenta y cinco páginas) que ha publicado a partir de 1995 Ricardo Pasos Marciacq, ex-rector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua y actual catedrático de filosofía y estética. Son esencialmente tradicionales y abarcan la historia nacional desde la época de la conquista hasta fines del siglo diez y nueve con la particularidad de tener protagonistas femeninas dotadas de una gran sensualidad. Debido en parte al tema escabroso de *El burdel de las Pedrarias*, ya han salido en Managua seis ediciones entre 1995 y 2000. La acción de la novela transcurre básicamente entre 1533 y 1538, en El Realejo, puerto del Pacífico cerca del puerto actual de Corinto. En ese pequeño puerto tropical, Isabel de Bobadilla, viuda de Pedrarias Dávila, establece "La Barraca del Santo Cachondeo", tal vez el segundo prostíbulo de América. Las pupilas son indias reclutadas por Isabel de su encomienda con la complicidad del cacique indígena, pero también colaboran españolas, mestizas y negras. Los

hombres que frecuentan el burdel son oficiales y hacendados españoles de León y Granada, indios y negros y soldados y marineros españoles.

Lo más original de la técnica es la ausencia de un narrador omnisciente. Toda la novela se narra en primera persona por varias mujeres: la protagonista Isabel, sus dos colaboradoras más fieles, María Fernanda y Teresa, y su hija María, esposa del gobernador Rodrigo de Contreras. Al lector no se le revela la identidad de cada narradora hasta que ésta nombra al individuo a quien se dirige. El ambiente geográfico e histórico se capta mediante descripciones detalladas del paisaje entre León y El Realejo, de la ropa de los varios personajes, incluso los indígenas, y de las reacciones de ellos frente a su situación. El marco específico de la novela se ensancha para abarcar toda Centroamérica desde Guatemala hasta Darién, y también el Perú y España, remontando a 1514 mediante las experiencias directas de Isabel de Bobadilla con su marido Pedrarias Dávila, decapitador de Núñez de Balboa y de Francisco Hernández de Córdoba, y descuartizador en 1528 de diecisiete caciques indios; con el Adelantado Pedro de Alvarado, quien hace escala prolongada en El Realejo antes de zarpar para el Perú; con Pizarro, ex-amante de Isabel; y con Fray Bartolomé de Las Casas, quien se horroriza ante la explotación de las indias y la inmoralidad del burdel. Aunque las otras tres novelas históricas de Ricardo Pasos están igualmente bien documentadas y bien escritas, me parecen menos logradas como novelas porque la caracterización de los personajes se subordina a veces al afán de incluir demasiados detalles geográficos, históricos y sociales y demasiados antecedentes de una variedad de personajes en vez de mantener la focalización en uno solo como en el caso de Isabel de Bobadilla.

Como el protagonista exclusivo de Réquiem en Castilla del Oro de Julio Valle-Castillo es Pedrarias Dávila, complementa obviamente El burdel de las Pedrarias. Más que nada, Réquiem en Castilla del Oro es una biografía novelada y musical de Pedrarias

Dávila con énfasis en las exequias anuales para celebrar su "resurrección". En la primera página de la novela, el mismo Pedro Arias de Avila explica cómo se enfermó de tal grado el 25 de abril de 1460, a la edad de veinte años, que lo colocaron en un ataúd y estaban a punto de enterrarlo cuando tres días después, se dieron cuenta de que todavía estaba vivo. Desde entonces hasta su verdadera muerte en 1530, a la edad de noventa años, Pedrarias hace celebrar la simulación de su entierro. Culpable de los siete pecados capitales y de otros más, Pedrarias afirma que "Cristo vino conmigo a ganar la tierra, era uno más de los 2000 pedraristas". Hasta le dice a Cristo: "vos y yo somos uno" (Réquiem, 237). Aún después de su muerte, Pedrarias fue desenterrado y sepultado en unas veinte ocasiones por terremotos y otras causas no mencionadas. Como se reproducen en la novela diatribas en verso sobre Pedrarias de José Coronel Urtecho y de Ernesto Cardenal en las cuales lo denuncian como "iiiFUROR DOMINI!!!" (Réquiem, 20) y el primer dictador, no es nada sorprendente que llegue a identificarse en otra resurrección con el dictador Anastasio Somoza García. Recuérdese que éste fue llevado en 1956 al Gorgas Hospital en la Zona del Canal, como señal de la amistad del presidente Eisenhower, en un vano intento de salvarle la vida después del atentado. También aparece Anastasio Somoza Debayle, quien en 1979 se empeña en llevar los restos de su padre al exilio frente al triunfo de la revolución sandinista. El poder diabólico de Pedrarias es tan fuerte que parece haber establecido en Nicaragua una dictadura eterna, incluyendo, por insinuación, a los hermanos Ortega:

y a la consigna de acabe ya el dictador o basta ya con el tirano hemos puesto para mordernos la lengua y sangrarnos los labios otra dictadura y otro tirano que ha caído también bajo el grito de abajo la dictadura, para dar paso a otra dictadura de un tirano civil que tiene su repuesto y respaldo en un su otro hermano militar y viceversa, que rebasan las copas de la iniquidad rebasadas por los tiranos antecesores y que se olvidarán con los tiranos y dictadores sucesores. (Réquiem: 309-310)

A diferencia de la gran mayoría de las biografías, la estructura de Réquiem no sigue en absoluto el orden cronológico. No es hasta la página 222 que Pedrarias, en un ofertorio al Señor, revela que empezó su carrera como paje del rey Juan II de Castilla y más adelante en su Memento de Difuntos (Réquiem, 264), revela que su abuelo fue consejero de Enrique IV y que su padre peleó en las guerras de Navarra. Las múltiples torturas y ajusticiamientos cometidos por Pedrarias se repiten rítmicamente a través de toda la novela, focalizados a veces por los indígenas, a veces por los otros conquistadores, obispos y frailes. Con los conquistadores (y un cronista) siguientes que odian a Pedrarias, se ensancha el espacio de la novela para incluir a México, a toda Centroamérica y al Perú: Núñez de Balboa, Sebastián de Benalcázar, Hernán de Soto, Ponce de León, Diego de Almagro, Francisco Pizarro, Gil González Dávila, Cristóbal de Olid, Fernández de Oviedo y otros más.

De acuerdo con el réquiem del título, la musicalidad de toda la novela está constantemente presente por los fragmentos de partituras religiosas, por las muchas letanías en latín y en español, por el doblar frecuente de las campanas y por la enumeración de nombres indígenas. En efecto, por la insistencia en la musicalidad, Réquiem no tiene la trama ni el suspenso que normalmente se asocian con una novela pero sí es una obra multigenérica que crea una impresión muy fuerte de lo que fue Pedrarias Dávila y lo que ha sido la herencia que ha dejado a Nicaragua.

Aunque el enlace que establece Julio Valle-Castillo en Réquiem entre Pedrarias Dávila y los Somoza podría compararse con el enlace que establece Sergio Ramírez entre Anastasio Somoza García y Rubén Darío en Margarita, está linda la mar, ésta no tiene la misma exuberancia lingüística y poética pero sí tiene más trama y más caracterización dentro de los rasgos de la Nueva Novela Histórica. De los seis rasgos que identifiqué en mi libro de 1993, están claramente presentes cuatro:



1. Los protagonistas y casi todos los personajes son históricos: Rubén Darío, Rigoberto López Pérez, asesino del dictador Anastasio (Tacho) Somoza García, éste, su esposa Salvadora, su suegro el sabio Debayle, "los contertulios de la mesa maldita" (Margarita,17), es decir, los conspiradores y otros más.

2. La intertextualidad con *Crónica de una muerte anunciada* (1981) de García Márquez salta a la vista, sobre todo en las páginas que marcan el paso de las horas con los pasos del asesino y de su víctima el 21 de setiembre de 1956, tanto que una ponencia dedicada exclusivamente a este aspecto de la novela podría titularse "Crónica de dos asesinatos anunciados". Aunque la muerte de Rubén Darío no se considera oficialmente un asesinato, las punciones al hígado que le dio a Darío el sabio Debayle, médico torpe y futuro suegro de Somoza, le aceleraron la muerte, según Rigoberto. De ese modo se le ofreció a Debayle la posibilidad de cumplir con su afán de extraerle el cerebro al cadáver de Darío, para medirlo y comprobar que pesaba más que el de Víctor Hugo. El otro parecido entre el asesinato de Somoza y el de Santiago Nasser en *Crónica de una muerte anunciada* es que los dos se deben a la casualidad. Para dar sólo uno de los varios ejemplos, Somoza se niega a ponerse el chaleco blindado y ordena levantar el control de las puertas del club donde se va a celebrar el baile porque le han asegurado que ya cayó preso Cordelio Selva, el revolucionario profesional que volvió a Nicaragua para "organizar un alzamiento" (Margarita, 253). Como una indicación del realismo mágico de la novela, no es el revolucionario profesional quien le dispara sino el poeta Rigoberto López Pérez.

3. El hecho de que Somoza resulte asesinado en un baile a manos de un poeta obsesionado con averiguar los datos más insignificantes de la vida de Darío y ayudado, según Carlos Fuentes, por "dizzy plotters whose antics resemble the Marx Brothers and who succeed by sheer comic accident" ("conspiradores ineptos cuyas locuras recuerdan las de los

hermanos Marx y que logran su meta por puro accidente cómico'); el hecho de que el suegro de Somoza se apellide Debayle [las cursivas son mías]; y el hecho de que muchos personajes se disfracen con apodos como Jorge Negrete, La Maligna, La Caimana, La Rosa Niña, El Centauro y otros más convierte todo el asesinato de Somoza en un baile de máscaras, estableciendo entronques con el de La campaña de Carlos Fuentes, con el de Noticias del imperio de Fernando del Paso y con el de la novela anterior del mismo Sergio Ramírez, titulada efectivamente Un baile de máscaras (1995). O sea que está presente en Margarita, está linda la mar no sólo la intertextualidad sino también lo carnavalesco. ¿De qué otro modo podría tildarse la pelea física por el cerebro de Darío entre el sabio Debayle y el cuñado del poeta, Andrés Murillo? Éste le arrebató a Debayle el frasco con el cerebro y corre a la calle. Pelean, cae el frasco y se rompe; interviene el mayor Appleton de los Marines para darle permiso a Debayle a fin de que ponga el cerebro en otro frasco; el frasco desaparece y luego se revela que el adolescente Quirón, devoto de Darío, se lo entregó a su amiga La Caimana, quien, cuarenta años después, todavía lo conserva ... en el patio de su prostíbulo.

4. El cuarto rasgo de la Nueva Novela Histórica que se encuentra en Margarita, está linda la mar es la metaficción. Desde el primer capítulo, se interrumpe de vez en cuando la narración omnisciente, aparentemente en tercera persona, con apartes en primera persona dirigidos a algún personaje o a los lectores en general. Por ejemplo, el capítulo trece empieza con una invitación personal a los lectores: "Vengan conmigo cuanto antes para situarnos junto al Capitán Prío en su atalaya. . ." (Margarita, 267). Después de describir cómo el Capitán Prío observa a la Primera Dama en el momento en que se acerca al oído de Somoza para quejarse de lo apretado que está el corsé, el narrador en primera persona dice: "Pero presumo, Capitán, que no estaría recordándole al marido que quien reposa bajo el peso del león doliente [Darío] fue despojado de su cerebro la misma noche de su muerte, un enojoso asunto de familia" (Margarita, 17). En un

diálogo entre Rigoberto, su novia Rosaura, Norberto y el orfebre Segismundo, el narrador en primera persona interviene para explicar la confusión:

Los desacuerdos de este diálogo no se explican sin un antecedente inmediato: Rigoberto había hecho una estación en la casa de Rosaura en el barrio de San Juan, no prevista para mí, y por eso hasta ahora puedo darles cuenta. Ya dije que no era un día fácil (Margarita, 224).

En una variante de la metaficción, el narrador indica de vez en cuando que toda la inverosimilitud de la novela, es decir, todo su realismo mágico, se debe al papel primordial de las tres hadas:

Las remendonas, porque están apuradas, equivocan los hilos, si es que ellas, ciegas y todo, son capaces de equivocarse. Pero no queramos averiguar más en este momento, pues si no la atención de ustedes va a distraerse. . . (Margarita, 314).

El papel de las tres hadas se refuerza con el nombre del gringo mandado para hacerse cargo de la seguridad de Somoza: Sartorius Van Wynckle. El apellido es una evocación irónica del personaje Rip Van Winkle de Washington Irving –un encargado de la seguridad de un presidente no debe dormir por veinte años. El nombre de pila, además de evocar la novela de Faulkner, Sartoris, proviene de la palabra "sastre" y hacia el fin de la novela, el autor juega con la frase "atar los cabos sueltos": "La mente de Van Wynckle es de puntadas precisas, como las de las hermanas que esta noche tienen mucho que zurcir y costuras de sobra que soltar" (Margarita,358).

Ya que se ha justificado la aplicación de la etiqueta Nueva Novela Histórica a Margarita, está linda la mar, queda por discutir hasta qué punto se podría considerar una novela histórica a secas. Como Sergio Ramírez nació en 1942, tenía catorce años en 1956, año del asesinato de Somoza, y por lo tanto, Margarita, está linda la mar no debería encasillarse como novela histórica sino a medias, o sea sólo las escenas protagonizadas por Rubén Darío entre 1907 y 1916. Además, el Intermezzo tropical, que consta del

curriculum vitae de Anastasio Somoza García y la carta de despedida de Rigoberto López Pérez dirigida a su mamá, lo mismo que el epílogo titulado "Palabras postreras" crean la impresión de la proximidad del autor a los sucesos relacionados con la dinastía Somoza. No obstante, pese a mi propia definición, se da la impresión de que en conjunto se trata de una novela histórica. ¿Cómo se logra esta impresión?

Más que nada, desde el asesinato de Somoza García, no se mira hacia el futuro, hacia la dictadura de Somoza Debayle y la revolución sandinista. Al contrario, se mira mucho más hacia el pasado entrelazando el asesinato de Somoza García con los sucesos protagonizados por Rubén Darío entre 1907 y 1916. Las transiciones entre los dos periodos históricos se efectúan sin ninguna brusquedad por el gran interés que muestran "los contertulios de la mesa maldita" en averiguar ciertos detalles de la vida de Darío. Aún en el capítulo catorce, que comienza a eso de las cinco de la tarde del día del asesinato de Somoza, Rigoberto visita la peluquería "Las Flores de Citeres" para confirmar ciertos datos sobre la toilette del cadáver de Darío.

Además de las frecuentes alusiones a las tres hadas, el motivo recurrente del acercamiento del planeta Marte crea cierto distanciamiento entre los sucesos y los lectores, propio de una novela histórica: Cordelio Selva, disfrazado de pastor protestante, apostrofa en tono bíblico a Somoza: "¡Tiembra en tu trono, tiembra en tu madriguera! ¡Ya se acerca Marte, el de la corona de sangre, vengador de los cielos! ¡Tus días, sátrapa, están contados! Amén" (Margarita, 54-55). Ese distanciamiento se refuerza por la focalización inicial en cada capítulo impar por los ojos del Capitán Agustín Prío, que observa la manifestación popular a favor de Somoza y todas las otras actividades en la plaza desde el balcón, el observatorio o la atalaya de la renombrada Casa Prío donde se reúnen los conspiradores: "Desde su atalaya, aún sin catalejo, el Capitán Prío podía abarcar una vista completa de la Plaza Jerez y su alrededor en aquella mañana de bullicio" (Margarita, 56).

Otro factor que contribuye a empujar los sucesos de 1956 más hacia el pasado es la eliminación aparente de los límites cronológicos entre Darío y Somoza a partir del primer capítulo. El título "El retorno a la tierra natal" se refiere indudablemente al desembarco de Darío en Corinto en 1907 seguido de su entrada en "la locomotora enflorada" (Margarita, 25), vagón presidencial del general José Santos Zelaya, el mismo tren que lleva a Somoza con su esposa en 1956 (Margarita: 177) desde Managua a León, donde se encuentra la tumba de Darío. La acogida triunfal de Darío en Corinto se refleja en la manifestación popular en León a favor de la reelección de Somoza. Pese a las recepciones triunfales, los dos hombres se desmitifican desde el primer capítulo. Mientras el obispo Simeón grita varias veces "¡Viva el príncipe de los cisnes!" (Margarita, 25), frente al Hotel Lupone [¿insinuación de lupanar?], "los cerdos buscan desperdicios" (Margarita, 25) en el lodo y "los soldados de la guarnición del puerto contienen a la multitud con los fusiles a bayoneta calada" (Margarita, 25-26). Aún antes de desembarcar, se subraya el alcoholismo de Darío: "La resaca del cognac Martell. . . Agujerea todavía su cráneo" (Margarita, 18) y en el capítulo siete, Eulalia, que ha experimentado en carne propia la impotencia de Darío, causada por exceso de ajeno, ríe con desdén cuando Darío se jacta de sus conquistas parisinas (Margarita, 131-134). También en el capítulo trece se burla de la fama del gran poeta nacional. Cuando el Capitán Prío afirma que "se le adoraba como a un santo. Nicaragua entera se sabía de memoria sus poesías de tanto leerlas" (Margarita, 280), Rigoberto lo desmiente: "—Casi no las habían leído" (Margarita, 280) y Erwin agrega: "—Lo adoraban los demás borrachos . . . Un país de analfabetos no se preocupa de la poesía" (Margarita, 280).

En cuanto a la desmitificación de Somoza, su figura es mucho menos imponente que la del dictador contemporáneo Trujillo en La fiesta del Chivo de Mario Vargas Llosa. Somoza y sus oficiales parecen tan ineptos como los conspiradores. Para rebajar

a Somoza desde el inicio de la novela, el marco del primer capítulo lo constituyen los defectos físicos de Somoza. En la segunda página, se le retrata "ralo de cabello, doble la papada, numerosas las pecas color de tabaco en la nariz y las mejillas, también lo atormentaba un corsé que reprimía sus carnes" (Margarita, 16), corsé que fue regalo de Edgar J. Hoover [sic]. La imagen negativa de Somoza se remata en los últimos renglones del capítulo cuando Rigoberto define científicamente la colestectomía del dictador: "supresión del tracto rectal y formación del ano artificial por el método de Charles Richet" (Margarita, 37). Ese elemento escatológico se refuerza en su curriculum vitae con su nombramiento en 1916 como "inspector de excusados" por la Rockefeller Foundation Sanitation Mission" (Margarita, 166). En el capítulo quince, para subrayar la imagen, el narrador dice: "el otrora mariscal de letrinas ha salido nuevamente al balcón" (Margarita, 308).

La unidad de la novela también se refuerza con la presencia viva de ciertos personajes en ambos periodos históricos. La Primera Dama del dictador recuerda la llegada triunfal del poeta en 1907, cuando ella era una niña de diez años acompañada de su hermana Margarita, la que figura en el verso del título. En el capítulo quince, apenas tres horas antes del asesinato de Somoza, se retrocede al entierro de Rubén Darío en 1916 con la descripción del cortejo fúnebre. Inmediatamente después del discurso del sabio Debayle, Anastasio Somoza se le acerca inoportunamente para pedirle la mano de Salvadorita. Debayle se siente tan molesto que hasta lo amenaza con la policía americana. Sin embargo, Debayle cambia de actitud hacia Somoza después de que éste convence a su amiga lesbiana La Caimana que debería contratar a Debayle para hacerle la operación de cambio de sexo. En 1956, La Caimana dirige el prostíbulo y es partidaria de Somoza.

Quien funde aún más los dos periodos en un alarde de estructuración novelística es Quirón, el centauro, el niño prodigio descalzo que enarbola el pabellón de Nicaragua en la recepción de

1907 para Darío. El poeta "le toma la cabeza con ambas manos. . . Un sordo rumor de caracolas va llenando su cráneo, y tanto lo aturde aquel ruido que rueda desvanecido" (Margarita, 29). Así es que Darío le traspasa a Quirón "el numen de las musas con sólo apretarle la cabeza" (Margarita, 32). Luego Darío le enseña a leer con un libro sobre Pedrarias Dávila, furor domini, "criador de chanchos. Y los criadores de chanchos no entienden de poetas" (Margarita, 69). Tan prodigioso resulta el niño que poco tiempo después declama en francés *La légende des siècles* de Víctor Hugo. Ya se ha comentado cómo el mismo Quirón se escapó en 1916 con el cerebro de Darío. Pues bien, la novela termina con un episodio parecido, que incluso tiene un toque macondino. Quirón, sacristán de la catedral de León en 1956, observador (equivalente callejero del Capitán Prío) envejecido y mudo por los golpes que le ocasionaron los marines en 1908 por haber denunciado en la prensa la violación de La Caimana, tiene el olfato tan fino que el olor de los testículos cortados de Rigoberto, semejante al hilo de sangre del protomacho José Arcadio en *Cien años de soledad*, lo lleva directamente a la oficina de Van Wynckle donde recoge el frasco y se escapa corriendo hacia el prostíbulo sin que Van Wynckle pueda alcanzarlo.

En fin, sea Margarita, está linda la mar una Nueva Novela Histórica 100% o sólo 43%, no cabe duda de que es la novela nicaragüense más sobresaliente de la época postsandinista y una de las novelas hispanoamericanas más sobresalientes de la época posrevolucionaria. Para terminar, quisiera confesar que el Acta del Jurado de la Editorial Alfaguara, dirigido por Carlos Fuentes, me parecía a primera vista demasiado elogiosa y por lo tanto mi primera lectura de la novela se dejó influir por una incredulidad exagerada. En cambio, gocé enormemente de la segunda lectura, una lectura mucho más minuciosa. Si el obispo Simeón exclama "¡Viva el príncipe de los cisnes!" (Margarita, 25) y si el mismo Somoza grita "¡Somoza forever! ¡Que viva Somoza!" (Margarita, 229), mis últimas palabras son "¡Que viva la Nueva Novela

Histórica! ¡Que viva el Realismo Mágico! ¡Que viva para siempre el Boom de la Novela Hispanoamericana! y ¡Que viva Margarita!".

ΩΩΩ